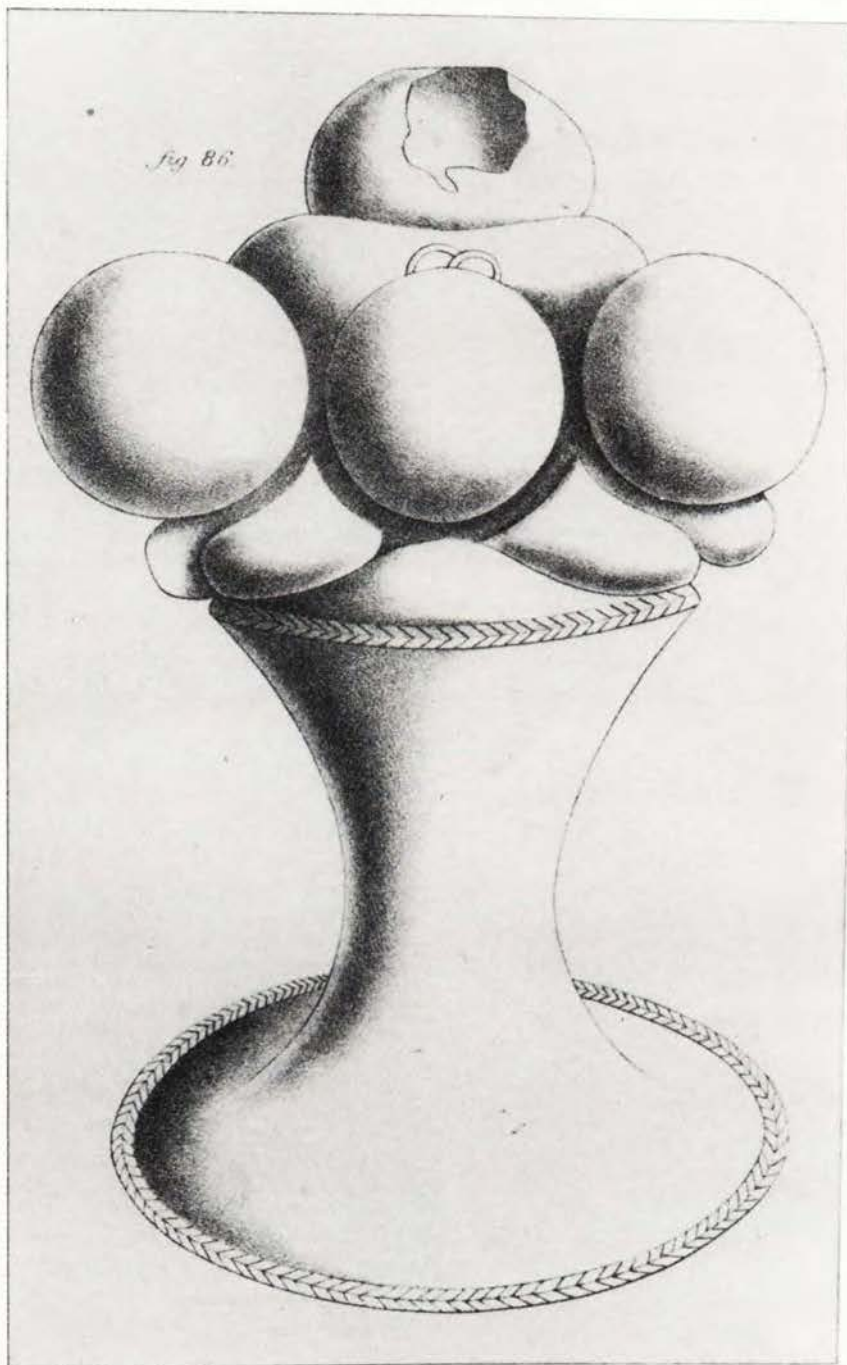




LA GUAQUERIA EN EL VIEJO CALDAS

ALBEIRO VALENCIA LLANO

Los españoles encontraron en el territorio del Viejo Caldas una sociedad compleja, con eficaz aprovechamiento de los recursos naturales, especialmente los agrícolas, ya que estas lograron desarrollar un eficaz cultivo del maíz obteniendo excedentes y por ende diferenciación social y un sistema de linajes donde un grupo de familias ejercía el control económico, social y religioso. Lo anterior trajo como consecuencia la formación de una estratificación social a cuya cabeza se encontraba la figura del cacique, haciendo factible la especialización de los grupos sociales y la formación de grandes aldeas nucleadas, con pequeños poblados satélites.

Los cronistas confirman la existencia de "personas distinguidas" en las diferentes provincias y especialmente en los cacicazgos Quimbaya, Anserma, Picara, Pozo y Arma. A la muerte de un cacique o señor principal se desarrollaba una ceremonia especial, que llevaba a la construcción de suntuosas tumbas con diferentes ofrendas funerarias.

Anota Cieza que en Tauya (región de Anserma) cuando los señores se mueren

"tomando el cuerpo, se pone en una hamaca y a todas partes ponen fuego grande, haciendo unos hoyos, en los cuales cae la sanguaza y gordura que se derrite con el calor. Después que ya está el cuerpo medio quemado, vienen los parientes y hacen grandes lloros, y acabados, beben de su vino y rezan sus salmos o bendiciones dedicados a sus dioses, a su uso y como lo aprendieron de sus mayores; lo cual hecho, ponen el cuerpo, envuelto en mucha cantidad de mantas, en un ataúd, y sin enterrarlo lo tienen allí algunos años, y después de estar bien seco los ponen en las sepulturas que hacen dentro de sus casas" (Cieza, 1923-369).

Y agrega que en las demás provincias, Arma, Paucura, Picara, Carrapa y Pozo, muerto un señor,

"hacen en los cerros altos las sepulturas muy hondas, y después que han hecho grandes lloros, meten dentro al difunto, envuelto en muchas mantas, las más ricas que tienen, y a una parte ponen sus armas y a otra mucha comida y grandes cántaros de vino y sus plumajes y joyas de oro, y a los pies echan algunas mujeres vivas, las más hermosas y queridas suyas, teniendo por cierto que luego ha de tornar a vivir y a aprovecharse de lo que con ellos llevan".

La costumbre de que las mujeres acompañaran a sus maridos en la muerte se observa solo para el caso de los señores y principales.

Uribe Angel a este respecto anota que "creían en una vida eterna, posterior a la terrenal, para su cuerpo y para su espíritu, pero pensaban que la resurrección se haría en alma y en materia; y por esto, la mayor parte se hacían sepultar con armas, muebles, tesoros y aún alimentos" (Uribe, 1885-514).

En este sentido escribe Fray Pedro Simón refiriéndose a Anserma que "les metían comidas y bebidas, y a los más principales algunas mujeres, para que los sirviesen en la otra vida, que todos confesaban haber, aunque esta creencia la tienen muy ciega y llena de mil supersticiones" (Simón, 1939-119).

Sobre este aspecto anota Jorge Robledo que

"cuando el cacique meten en aquella bóveda, a un cabo della ponen sus armas y sillas en que se solía sentar y tazas con que solía beber e vasijas llenas de vino y platos llenos de las maneras de manjares que él solía comer, y dicen que lo hacen para que coman de noche, y así escuchan de noche encima de la sepultura muchos días, para ver si lo oirán" (Robledo, p. 304).

Además de las ofrendas funerarias, tenían gran importancia la tumba misma, y las costumbres en los enterramientos, lo cual es descrito por Jorge Robledo haciendo referencia a los cacicazgos de Anserma:

"La manera que tienen en el enterrarse, cuando se muere algún señor, es en el campo, en parte escondida; e así hacen la sepultura con criados y gente que guarden secreto donde está... pónenle su chaquira en las piernas y brazos y todas las joyas de oro que él estado vivo se ponía en sus fiestas, y envuélvenle en muchas mantas de algodón que para aquel efecto tienen hechas y guardadas de mucho tiempo, y es la cantidad de mantas que le ponen tanta, que hacen un bulto como un tonel, que veinte hombres tienen harto que alzar y después de puesta toda esta ropa, estando él en medio della envuelto en sus algodones, le llevan a la sepultura que tienen hecha, y allí matan dos indios, de los que a él le servían y pónenle el uno a los pies y el otro a la cabeza. La sepultura es muy onda e de dentro hecha una grande bóveda, que pueden estar cuatro de a caballo, con una puerta que se cierra con unos palos que no se pudren, y así queda el cacique metido en hueco; y para que no se vea que allí ha habido sepultura ni señal della, labran encima y siembran maíz e otras cosas, por manera que no se vea ni haya señal" (Ibíd, pp. 303-304).

Llama la atención la magnificencia de los enterramientos de los señores; sin embargo la costumbre de las ofrendas funerarias no estaba limitada al señorío y por ello el contenido de las tumbas refleja las

diferencias económicas y sociales de los difuntos, ya que la dotación de las sepulturas dependía de la capacidad de disposición del muerto, como anota Trimborn (Trimborn, 1949-156).

Estas diferencias se deducen no solo del análisis de la información de los cronistas, sino además de las investigaciones practicadas en las excavaciones.

Así, los hallazgos hechos en las tumbas quimbayas “permiten inferir que sus jefes llevaban diademas o coronas de oro y cetros de oro en forma de plumas. Más detalladas y más singulares son nuestras noticias sobre Anserma, donde el cacique de Porsa llevaba incluso después de muerto una corona de oro” (Ibíd, p. 217).

A este respecto anota Fray Pedro Simón que

“el año de mil y quinientos y ochenta y siete murió un cacique del pueblo de Porsa, cerca de esta ciudad (de Anserma), y habiendo tenido traza de enterrarse a su modo gentilico, sabido por los españoles lo desenterraron y le hallaron en la cabeza una corona, que pesó trescientos pesos de buen oro” (Simón, 1939-119).

Por último, la misma disposición de las tumbas variaba; mientras el hombre común era enterrado en campo abierto, y en forma sencilla, los caciques y señores principales eran inhumados en tumbas provistas de cámaras funerarias. A este respecto Uribe Angel distingue nueve formas de tumbas (Uribe, 1885-498): de cajón o cuadradas, de resbalón o con escala, de tambor o redondas, de cancel o con pared de piedra, de triángulo, de media luna, de trastos, osarios y de pabellón.

Y Luis Duque Gómez, basándose en Luis Arango Cano enuncia diez grandes tipos de tumbas que reflejan costumbres y grupos sociales en el Quindío (Duque, 1963-146-147):

a) Tumbas de planta rectangular de dos metros de largo por uno de profundidad.

b) Tumbas también de planta rectangular con una cámara en uno de sus extremos.

c) Tumbas como las anteriores, pero con la cámara más grande clausurada con maderos colocados a la entrada.

d) Tumbas del tipo de las anteriores, pero con dos o tres metros de profundidad.

e) Tumbas de planta rectangular con bóveda cuadrada en uno de los extremos.

f) Tumbas de planta rectangular de dos varas de largo por una de ancho.

g) Tumbas a cuyas bóvedas se descende por dos fosos rectangulares, tienen espaciosa cámara revestida de grandes lajas.

h) Tumbas de planta rectangular llamadas “de tajo abierto” con la bóveda en uno de sus extremos, a la cual se descende por escaleras labradas en la tierra.

i) Tumbas de planta cuadrangular de diversas dimensiones y calidad.

j) Tumbas de planta rectangular, revestidas de piedra por todos sus costados.

Estas tumbas fueron saqueadas sistemáticamente desde la conquista ya que la actividad principal de los soldados y aventureros españoles fue el robo del oro de los caciques.

Los españoles saquearon abundantes guacas a lo largo de la depresión del Cauca desde Popayán hasta Antioquia, por ello los libros de cuentas de las Cajas Reales incluyen durante el siglo XVI, el registro de artefactos de oro (West, 1972-68).

Pero la región más importante en guaquería fue el Quindío, donde los españoles extraían de las sepulturas, desde 1540, grandes cantidades de oro. Durante la colonia se extrajo solo una porción de sus tumbas, el posterior saqueo se realizó en la segunda mitad del siglo XIX.

Las premisas para el desarrollo del fenómeno de la guaquería hay que buscarlas, posiblemente, a partir de la explotación del caucho, pues los informes exagerados de los primeros exploradores acerca de la abundancia del mismo trajeron la primera oleada de exploradores al Quindío.

En 1872 se enviaron desde Salento muestras de látex a Manuel Mejía Santamaría (en Villamaría), quien estaba recién llegado del distrito cauchero de Esmeraldas en el Ecuador; don Manuel viajó repetidamente al Quindío, inspeccionó la región y a continuación se dirigió a Manizales y Medellín anunciando que había caucho "no solamente en abundancia sino de superior calidad" (Parsons, 1950-82). Lo anterior produjo la fiebre del caucherismo que lanzó hacia el sur grandes oleadas de exploradores.

Entre 1877 y 1880, Pereira fue centro del comercio de caucho, pero los métodos destructores utilizados para su explotación y los bajos precios de los mercados europeos acabaron con las posibilidades de su ulterior desarrollo. A este respecto escribe el viajero alemán Schenck, quien pasó por la ciudad en 1880, que

"desde el año de 1877 Pereira era también centro de considerable comercio de caucho. En los bosques de la cordillera del Quindío se encontraban grandes reservas de caucho, que se explotaron sin misericordia. Actualmente, debido a los bajos precios del caucho en los mercados europeos, los caucheros tenían suspendidos los trabajos" (Schenck, 1953-50).

James Parsons anota que "el auge del caucho condujo a algo más remunerativo: el oro de las guacas del Quindío, trabajado primorosamente. Una mezcla de fantasía y realidad; de consejos sobre la riqueza aurífera del Quindío, se extendió como relámpago por Antioquia" (Parsons, 1950-82).

La más difundida fue la leyenda del Tesoro del Pipintá, según la cual un colono internado en la selva en búsqueda de la famosa hoja de "iraca", para la elaboración de sombreros "jipas", de pronto se encontró una galería de piedra y movido por la curiosidad la recorrió en toda su longitud.

"Al final de la gradería había una puerta labrada en la roca, que conducía a una especie de habitación o templo subterráneo. El buen antioqueño, con su mucha sangre fría, fue internándose en el oscuro socavón. Habría andado unos quince metros cuando percibió un sonido metálico especial. El miedo del campesino aumenta de momento en momento, pues él, sin prestar atención a sonidos metálicos ni a nada, tuvo la sospecha de que aquello podría ser una morada de fieras. Por un rato estuvo escuchando con cuidado, pero al ver que ningún otro ruido se producía, siguió internándose en la caverna.

De repente, a los pocos pasos vio algunos rayos de luz que entraban por una especie de claravoya y vio numerosos objetos de oro, entre ellos una enorme serpiente, toda hecha del bello metal, varias estatuas quizá ídolos también de oro y mil riquísimos objetos más. Cuando nuestro campesino estaba extasiado en la contemplación de tales riquezas, un enorme estruendo se produjo en el oscuro socavón que puso el pánico en nuestro antioqueño, quien precipitadamente salió de la caverna" (Restrepo, 1921-228).

Ya afuera dejó algunas señales para localizar posteriormente el sitio, pero al regresar al día siguiente con sus hermanos no pudieron hallar la caverna.

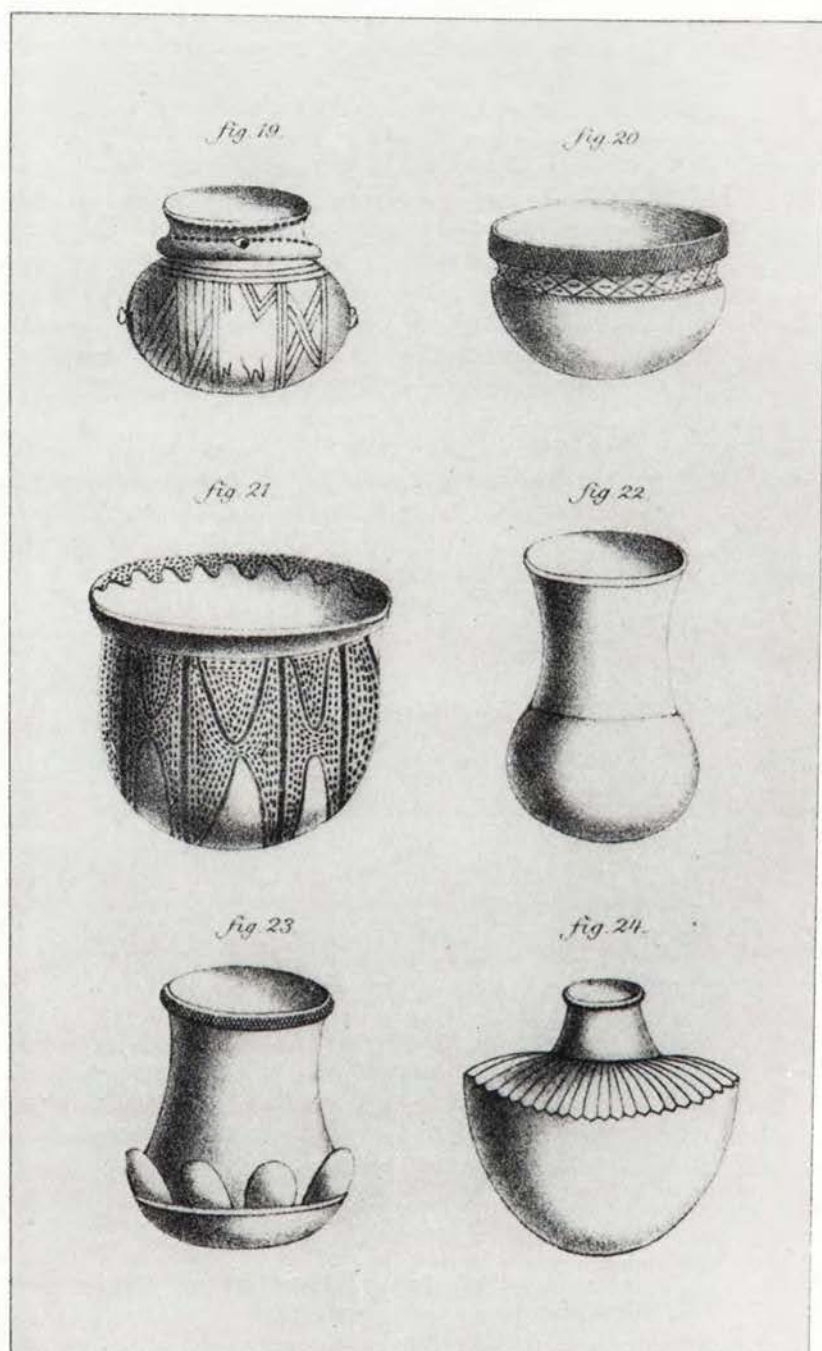
Al no poder guardar el secreto, la noticia se divulgó en Antioquia, despertando enorme entusiasmo, lo que atrajo muchos aventureros la mayor parte de los cuales se dirigieron al distrito de Salento, donde hallaron oro en las arenas del río Quindío. Al no encontrar el tesoro y no atreviéndose a regresar a su tierra ante el temor de las burlas, se quedaron inicialmente mazamorreando y luego al descubrir tumbas indígenas, se dedicaron a la g.uaquería.

Hacia 1870 otras leyendas recorren las regiones del Tolima y Antioquia; se trata del tesoro del "Rey Palomino", nuevas fábulas con relación a "El Dorado", y sobre la "Laguna de Maravélez" donde el jefe indígena se bañaba cubierto de oro en polvo. El cuento lo narra Arango Cano explicando que

"unos g.uaqueros perdidos en las montañas del Quindío se habían encontrado la laguna del indio Maravélez; que en las aguas cristalinas de esta laguna flotaba una totuma de oro que no se dejaba tocar porque estaba encantada y si alguno la tocaba pitaba como un toro y desaparecía. Que en esa laguna el rey Calarcá había depositado todo el oro de su imperio" (Arango, 1924-11).

Pero los exploradores y aventureros no hallaron tales tesoros y se orientaron hacia la g.uaquería.

La noticia acerca de la riqueza del Quindío, sus minas, "sus leyendas con colorido de oro", la riqueza de las sepulturas indígenas, se divulgaba en el país y nuevos contingentes se adentraban en la región, la cual mediante el señuelo del oro los cautivaba y atrapaba.



El sistema de guaquarear se fue desarrollando lentamente, los guaqueros se transmitían las experiencias hasta que la técnica se generalizó. El año de 1885 significa el verdadero auge de la guaquería que se desarrolla en forma progresiva hasta 1914.

En esta euforia se descubren ricas guacas en Montenegro “donde sacan el oro por quintales” según Arango Cano; la fama de estas guacas se extendió y se alteraban las cifras del oro sacado; fue tal el entusiasmo que muchas personas que no conocían guacas ni habían cogido un recatón se iban a guaquarear.

Después de la guaquería en Montenegro “una mujer les dijo a unos guaqueros que fueran a buscar guacas a tal parte, que allá se oían campanas, bandas de música, conversaciones, etc. En seguida se fueron los guaqueros al punto indicado y descubrieron el pueblo de Soledad” (Ibíd). Numerosos pueblos de indios fueron descubiertos y sus tumbas violadas, entre ellos Pueblo Tapado, Pueblo Hediondo, El Cacique, La Esmeralda, Pueblo Raspado, Matecaña, El Cántaro, Los Frenos, Sabaletas y Pueblo del Muerto.

De este modo se producía un nuevo despojo, un saqueo gigantesco de los sepulcros de los antepasados, como continuación del iniciado en el período de la conquista. Numerosos grupos de guaqueros recorrieron la región del Quindío y zonas aledañas realizando una inmensa destrucción de yacimientos arqueológicos.

Los primeros contingentes de guaqueros que se internaron en la Hoya del Quindío recorrían las cuchillas buscando guacas y bóvedas resumidas, y donde las encontraban construían ranchos de vara en tierra para alojarse; cuando no encontraban agua cerca tomaban agua de guadua por lo cual algunos adquirían una enfermedad llamada “pinchera” que consistía en “un dolor en el caño urinal”. Luego descubrieron que el remedio para esta dolencia era tomar bastante agua fría (Ibíd, p. 16).

Estos primeros grupos tenían dificultades para aprovisionarse de víveres porque aún no se había desarrollado el fenómeno colonizador; como eran nómadas, las viviendas eran provisionales y al ser el clima malsano y el medio hostil, muchas veces el oro encontrado no les alcanzaba para curarse las enfermedades que los acometían.

Los animales también eran un problema; en una ocasión estando un guaquero dormido de noche, en un rancho bajito, mientras estaba roncando llegó un tigre y donde oyó el ronquido lanzó el zarpazo, rompió el techo, no alcanzó a herir al guaquero, pero se llevó la cobija enredada en las uñas (Ibíd).

Los primeros exploradores de tumbas emprendían esta actividad por cuenta propia, pero cuando se generalizó el entusiasmo por la guaquería, aparecieron pequeños empresarios que financiaron esta actividad, lo que se conoció como el sistema de “dar gastos”.

Cuando un guaquero se enteraba que determinada familia era aficionada a la guaquería, contaba un sinnúmero de mentiras para ilusionarlos, les decía: “vean, aquí en esta pierna de cuchilla sacó el difunto Cachona una guaca, y se aburrió de sacar oro; yo creo que soy capaz de dar con ese pueblo de guaquería” y al escucharlo decía la señora de la casa: “Nosotros hace tiempo tenemos deseos de conseguir

unos guaqueros porque nos han dicho que el oro que hay enterrado en esta finca no pueden diez mulas con él". A lo que respondía el guaquero: "Es muy cierto eso señora, no le han mentido lo negro de la uña" (Ibíd, p. 17).

De este modo convertía a la familia en buenos "gasteros" y se economizaba hacer la comida, aseguraba la dormida y si sacaba oro lo cuidaban y atendían bien.

A continuación el guaquero cateaba una guaca y no la sacaba hasta no catear otra, por si una salía sin oro poder decir: "Es cierto que esta guaca que sacamos no tenía oro, pero esta otra que vamos a sacar si va a tener muy buen oro, ustedes saben mejor que yo que no todas las guacas tienen oro".

Cuando los exploradores buscaban tumbas por su cuenta, hacían el rancho, se establecían y procuraban catear el mayor número de guacas que les fuera posible antes de que llegaran más aventureros porque "lo fijo era que si el pueblo tenía riqueza, aparecían guaqueros de todas partes".

La operación de cateo se efectuaba inicialmente utilizando recatones de pala de ojo pequeño y posteriormente se empleó la media caña, un poco abierta en la pala por las facilidades para cortar raíces pequeñas y atrapar la tierra.

Para avanzar con facilidad en la apertura de la tumba se empleó inicialmente "el trapiche" y posteriormente "la manigueta" o torno que era un aparato que permitía sacar la tierra utilizando un lazo amarrado a un canasto.

Arango Cano escribe que el que cateaba una guaca la señalaba, de lo contrario estaba expuesto a que otro la reclamara para sí, para ello introducían un palo en el sitio cateado. Cuando varias personas cateaban al mismo tiempo una guaca, se la repartían por igual y cada uno de los socios compartía el trabajo y los bienes encontrados. La compañía de guaqueros era generalmente de dos y con el "gastero" tres, y si el que daba los gastos guaquéaba llevaba dos derechos, "como guaquero uno y como gastero otro". Si se enfermaba uno de los socios y no podía trabajar, tenía igual derecho al de sus compañeros que trabajaban, pero si se iba para otro lugar, solo tenía derecho en las guacas descubiertas, hasta el momento en que se separaba de sus compañeros.

Cuando el cateo se realizaba en finca de propiedad privada, el dueño de la finca les cobraba la cuarta parte de lo encontrado y presenciaba la "barrienda de las guacas por la desconfianza que tenía a los guaqueros. Una de las condiciones que ponía el dueño del terreno era la de tapar bien las guacas, ya que por regla general las tapaban haciendo zarzos de guadua y encima les echaban un poco de tierra, apenas se podían los zarzos se destapaban los huecos con peligro para los animales por lo que las tenía que tapar el dueño.

Para "barrer" la guaca se desmenuzaba la tierra con el recatón y según la ubicación del cadáver se sabía como dirigir la "barrienda" y si había oro "o si el indio era pobre o rico". Sobre este aspecto escribe Arango Cano que

"los indios, cuando tenían metal, ya fuera poco, ya oro, ya cobre, lo tenían en las narices, de manera que el guaquero, en vista de que los indios que barría eran pobres, no les barría sino las cabezas. Cuando el guaquero daba con un indio rico, sí barría toda la bóveda, y si era necesario, lavaba la tierra para poder recoger las cuentas de oro. El indio rico se encontraba vestido de oro, con polainas, pulseras, dedales, cinturones, patenas, gargantillas, narigueras y corona y una infinidad de alhajas de oro de distintas clases" (Ibíd, p. 25).

El desarrollo de la gvaquería impulsó su propia cultura que se generalizó entre los que participaban en esta actividad y ello tiene que ver con luces, sonidos y espantos inherentes a los pueblos de indios. A este respecto se destacan algunos casos de la experiencia personal de Arango Cano:

En los potreros de La Tebaida por el mes de abril de cada año se ve la llama de una guaca,

"esta llama es pálida y sumamente hermosa; mide aproximadamente 4 metros de base por 5 de altura, terminando en forma de cono. Aparece instantáneamente y dura aproximadamente un minuto. Esta luz se ve en las primeras horas de la noche y para que se forme y se vea se necesitan las siguientes condiciones: que el tiempo sea invernal y la noche muy oscura; que no esté lloviendo ni ventando. Se viene a distinguir a una distancia no menor de 400 metros lo que hemos podido comprobar porque unos compañeros y yo fuimos al lugar donde ardía y no vimos nada; y otros compañeros que habíamos dejado de vigías gritaban 'está ardiendo'. En resumen no vimos nada y mientras estuvimos en esa llanura ardió nueve veces. En el lugar donde ardía descubrimos muchas guacas bonitas y profundas, con poco cobre y oro. No hallamos la guaca deseada, porque siempre ha seguido ardiendo" (Ibíd, tomo II, p. 77).

Anota Arango Cano que los ruidos hacen parte de algunos tesoros sepultados; que cuando en un pueblo de gvaquería se oían ruidos era porque en las guacas se hallaban estatuas de barro; y agrega que cuando descubrieron el pueblo de Los Frenos, antes de sacar la primera guaca, "toda la noche oían sonar uno frenos cerca de la tolda; de una de las guacas extrajeron un freno de oro fino, con lo que se acabó el sonido".

Y antes de descubrir el pueblo de La Soledad, una familia que vivía cerca de ese lugar refirió a los gvaqueros, que con mucha frecuencia escuchaban una banda de música de viento, "al descubrirse el pueblo, se sacaron de las guacas cornetas, flautas y tamboriles de oro fino; pero según las últimas noticias, se ha seguido oyendo la banda".

Fueron muchos los gvaqueros que recorrieron el Viejo Caldas pero entre los más importantes se puede citar a Angel Toro, Ramón Buitrago, Carlos Agudelo (a. Macuenco), Luis y Jesús María Arango Cano, Ramón Medina, Epifanio Vargas (a. Patebarra), Reliquia, Pezuña y Nicolás Macías.

Arango Cano escribe que aunque hubo una época en que casi todos los habitantes de la Hoya del Quindío tomaron parte activa en la g.uaquería y entre estos más de 500 vivieron de este oficio durante muchos años, "no pasó de diez el número de g.uaqueros que merecieron el título de doctores en el arte". Y resalta a los siguientes (Ibíd, tomo I, p. 192).

— Angel Toro, el más competente en la Hoya del Quindío, nadie le pudo igualar en sus conocimientos teórico-prácticos desarrollados durante más de 35 años de profesión; sin embargo "de g.uaquear perdió la salud, y hace pocos días murió pobre y soltero".

— Ramón Buitrago, pariente del anterior, un día le dijo a su familia que se iba a g.uaquear para regresar a los 20 días, y tardó más de 30 años para volver. "Cada rato sacaba indios vestidos de oro, y se embriagaba de contento" sin acordarse de su familia. Cuando estaba viejo y enfermo volvió al seno de su familia sin un centavo y a los pocos días murió en la miseria.

— Carlos Agudelo (Macuenco). Era el g.uaquero de más nombre ya que g.uaqueó durante más de 30 años. Cerca a Caicedonia sacó una guaca con tres libras de oro y de contento "se puso a tomar aguardiente, con lo que casi se le deshacen los hígados, lo que le costó la vida, dejando a su mujer y a sus hijos en la miseria".

— Luis Arango Cano, recorrió los Andes desde el Páramo de Letras hacia el sur, en una extensión de más de cien leguas, g.uaqueó durante 23 años y llegó a conocer palmo a palmo todo el territorio del Quindío, dejó escrita su experiencia como g.uaquero y además se vinculó al proceso de colonización empresarial en el Quindío.

Desafortunadamente la inmensa mayoría de los g.uaqueros despreciaron y destruyeron las ofrendas funerarias que no fueran de oro o de tumbaga, lo que permitió que se perdiera parte de la memoria cultural de los pueblos prehispánicos.

Algunos viajeros extranjeros que estuvieron en contacto con el proceso de g.uaquería fueron testigos del menosprecio de algunas ofrendas funerarias; al respecto el coronel J. P. Hamilton en su visita a Cartago (siglo XIX), interesado en comprar algunas "curiosidades indígenas" le presentaron, según sus propias palabras,

"un ídolo hecho de arcilla, hueco por dentro, de muy feo aspecto y que medía unas dieciocho pulgadas de altura, hallado al practicar excavaciones en un sitio a orillas del Cauca distante dos leguas de Cartago. El ídolo pertenecía a una pobre mujer, esposa del hombre que lo había encontrado, la cual lo empleaba como juguete para divertir a sus chiquillos que le habían roto un pie. Fuimos enseguida a la casa de la dueña de la estatuita y al preguntarle el precio que exigiría por su venta nos contestó humildemente que dos reales (diez centavos): más cual no sería su sorpresa y alegría cuando al tomarla para llevármela deposité en sus manos dos pesos! La operación resultó satisfactoria y ventajosa para ambas partes" (Hamilton, 1955-101).



LUIS ARANGO C.

Y el viajero alemán F. Von Schenck, en su visita a la región, al pasar el pueblo de Chinchiná en el alto de El Lembo, anota que "Encontramos a varios hombres abriendo una guaca, que para desilusión de ellos no tenía oro sino unas vasijas de barro de rarísimas formas, las cuales hallaron cupo en mis alforjas" (Schenck, 1953-49).

Sobre este desprecio por aquellos objetos "que el difunto usara en vida y que debían acompañarlo en su largo viaje de ultratumba" escribe Arango Cano a manera de reproche que "Al gúaquero nada le importan los más hermosos hallazgos, ni las piezas más delicadas por su trabajo artístico; del oro, solo el peso en bruto para cambiarlo por dinero sonante, y luego hartarse de licor y de placeres sexuales" y agrega a continuación que

"cuando un gúaquero está para morir, le da mucho trabajo abandonar la vida; porque a manera de un libro abierto, pasa por delante de su imaginación todo lo que hizo cuando barría guacas; que había roto los más preciosos trabajos de arte, esculpidos en barro" (Arango, 1924-113).

Pero la gúaquería fue la base fundamental para la fundación de las poblaciones del Quindío ya que las riquezas guardadas en los cementerios indígenas de La Soledad, Maravélez, El Entorchado, Montenegro y otros, contribuyeron al derribo de las montañas y al proceso de colonización en general.

En busca de las guacas y minas de oro se fueron perfilando los fundadores de pueblos en el Quindío, ya que los que se desilusionaban con las sepulturas indígenas se entregaban a la colonización. El proceso se acentúa después de la guerra del 85, cuando numerosos excombatientes llegaron a la selva del Quindío ilusionados con los tesoros y para evadir los reclutamientos. De este modo la región atrajo a gúaqueros, mineros, aventureros, colonos y guerrilleros (Valencia, 1963-59).

Fue Nueva Salento un sitio de atracción de colonos y gúaqueros, punto donde se aglutinaban para salir a explorar las montañas del Quindío.

Cuando entraba el colono levantaba un rancho de vara en tierra, tumbaba el monte y mientras llegaba el tiempo de la quema y la siembra, se dedicaba al cateo y vaciado de las guacas. De esta forma se llegaron a reunir hacia 1889, cerca de 2.000 personas entre gúaqueros y colonizadores.

La fundación de la mayoría de los pueblos, y especialmente los situados hacia el río La Vieja, estuvo precedida por la penetración de gran cantidad de gúaqueros. Así, cuando se funda a Filandia (1878), ya habían explotado sus guacas más de 500 gúaqueros; del mismo modo la fundación de Montenegro (1890), estuvo precedida de la ubicación en la región de gran cantidad de gúaqueros.

Las poblaciones de Pueblo Rico o Las Guacas (1842) —ubicada entre Neira y Manizales—, Apía (1884), Santuario (1886), Calarcá (1886), Quimbaya (1912) y La Tebaida (1916), fueron precedidas del previo asentamiento de gúaqueros y colonos.

La Tebaida tuvo como fundadores a los hermanos Pedro y Luis Arango Cano, quienes se enriquecieron con la g.uaquería. Don Luis fue uno de los g.uaqueros que más tierra movió en busca de sepulturas indígenas

"adquirió los terrenos donde se encuentra situado el municipio de La Tebaida y en ellos estableció sus mejoras de café. Allí tenía como agregados sesenta familias para ayudar al movimiento de la empresa. Pero un día resolvió, en unión de don Pedro su hermano, fundar una población. Lo primero que hicieron fue medir el terreno, con calles y carreras de diez metros de ancho y las plazas de ochenta.

Don Luis abrió en venta los solares. Del día 14 al 21 del mismo mes, vendió de su finca 130 solares, los que medían 20 varas por 40" (Ibíd, p. 81).

El establecimiento de un considerable número de g.uaqueros antes de la fundación de los pueblos, demuestra un proceso de sedentarización alrededor de la agricultura, el comercio y la ganadería. A pesar de la fiebre del oro, la población que llega al Quindío se orienta hacia la apertura de montes y la adquisición de tierras mediante la política de adjudicación de baldíos que tenía el gobierno. Un fenómeno semejante se observa en Risaralda y en las tierras próximas al Guacaica, entre Neira y Manizales, donde se extrajeron numerosas guacas.

La g.uaquería permitía al colono, generalmente pobre, vender el oro hallado en las guacas y adquirir las herramientas de trabajo y víveres necesarios, mientras tumbaba el bosque y sacaba la primera cosecha; además el colono pudo mercadear artículos de su parcela porque había g.uaqueros con dinero para adquirirlos; todo esto desarrolló las fondas y dio vida a los pueblos.

El posterior desarrollo económico por la estabilización de la colonización y la consolidación de las ciudades de Armenia, Pereira y Manizales, hacen surgir grandes comerciantes que compran el "oro de guacas", convirtiéndose éste en fuerte factor de acumulación de capital.

Todavía en 1918 entre las principales actividades económicas de Armenia se encuentra la explotación de guacas, junto con el tabaco, el café, la caña de azúcar y el maíz (Gutiérrez, 1919-313).

Y en Pereira, desde finales del siglo, se hacía un importante comercio del oro procedente de las guacas del Quindío, y a principios del presente siglo, en muchos almacenes de Pereira se podía leer un letrero que decía: "se compra oro, caucho y café" (Jaramillo, p. 387).

Otro tanto sucedía en Manizales, ciudad que logró concentrar gran cantidad del oro de guacas, a través de comerciantes, los cuales se orientaron después hacia la colonización empresarial, al cultivo del café y a la ganadería, como actividades fundamentales.

Pero aún en esa época persistía el desprecio por los objetos de cerámica. Sobre este aspecto anota el viajero alemán Alfred Hettner,

quien experimentó la g.uaquería en Quinchía en el siglo pasado, que

"Apenas en el siglo presente, y animados por el interés demostrado por europeos enfrentados por casualidad con tales reliquias durante sus viajes, los colombianos se dieron cuenta de su valor tanto científico como de objetos de antigüedad, para empezar a guardar, por lo menos en las poblaciones mayores, los ejemplares más bellos y escasos, tanto los elaborados en oro como los de barro.

Así, colombianos como extranjeros empezaron a formar tales colecciones, de las cuales algunas de las más bellas pasaron más tarde en vía de regalo a los museos etnológicos de Berlín y de Leipzig, entre otras las formadas por los hermanos Cuervo, por el doctor Reiss, por el doctor Stübel y por Bendix Koppel" (Hettner, 1976-265).

Entre las personas que se preocuparon por adquirir objetos de las ofrendas funerarias obtenidas de las guacas está el doctor José Tomás Henao quien desde finales del siglo pasado organizó una extraordinaria colección en la ciudad de Manizales, la cual se componía de 89 piezas de orfebrería extraídas todas ellas, con excepción de dos, de guacas abiertas en el territorio Quimbaya.

Al no poder adquirir más piezas escribió: "Desgraciadamente mi absoluta carencia de recursos en aquella época me privó de obtener piezas de gran mérito, y tuve que contentarme con la adquisición de las que estaban en relación con mi situación económica" (Henao, 1918-167).

Otros coleccionistas que se preocuparon por salvar del crisol las piezas de orfebrería fueron don Leocadio M. Arango, de Medellín y don Santiago Vélez de Manizales, cuyas colecciones junto con la del doctor José Tomás Henao, fueron adquiridas por el Banco de la República conformando la base del Museo del Oro.

BIBLIOGRAFIA

- ARANGO CANO, Luis. Recuerdos de la g.uaquería en el Quindío. Editorial Cromos, Bogotá, 1924.
- CIEZA DE LEON, Pedro. La crónica del Perú. Historiadores primitivos de Indias. Tomo 26. Biblioteca de autores españoles. Madrid, 1923.
- DUQUE GOMEZ, Luis. Los Quimbayas. Historia de Pereira. Librería Voluntad, Bogotá, 1963.
- GUTIERREZ, Rufino. Armenia. Archivo Historial No. 7. Manizales, 1919.
- HAMILTON, J. P. Viajes por el interior de las provincias de Colombia. Banco de la República, Bogotá, 1955.
- HENAO, José Tomás. Archivo Historial No. 4. Manizales, 1918.

HETTER, Alfred. Viaje por los Andes colombianos. (1882-1884), Banco de la República, Bogotá, 1976.

JARAMILLO URIBE, Jaime. Historia de Pereira.

PARSONS, James. La colonización antioqueña en el occidente de Colombia. Imprenta departamental de Antioquia, 1950.

RESTREPO, Roberto. El Quindío y su colonización. Archivo Historial No. 33. Manizales, 1921.

ROBLEDO, Jorge. Descripción de los pueblos de la provincia de Anserma. IV centenario.

SCHENCK, Friedrich Von. Viajes por Antioquia en el año de 1880. Banco de la República, Bogotá, 1953.

SIMON, Fray Pedro. Noticias Historiales. IV centenario de la fundación de Santa Ana de los Caballeros. Ediciones E. Salazar, 1939.

TRIMBORN, Hermann. Señorío y barbarie en el Valle del Cauca, Madrid, 1949.

URIBE ANGEL, Manuel. Geografía de Antioquia. París, 1885.

VALENCIA ZAPATA, Alfonso. Quindío histórico. Imprenta departamental, Manizales, 1963.

WEST, Robert. La minería de aluvión en Colombia durante el período colonial. Universidad Nacional, Bogotá, 1972.